



Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baïbars”



IX – Jaque al rey de Roma

29 – Del rifirrafe en Limasol

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 7
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

IX. 29 – Del rifirrafe en Limasol

“El largo trayecto marítimo desde Alejandría a Roma, parece que hace mella en el valeroso capitán fidaui Ibrahim Paladín de Doncellas que, tras diez días de navegación, sufre como un león enjaulado y está a punto de echar el alma por la boca, a bordo de La Mansuriya. Súplicas, ruegos y amenazas hacen que el capitán El-Batarni, el Corsario de los Musulmanes, ponga rumbo a las tierras más próximas que se ven en lontananza para echar anclas y permitir que Ibrahim ponga los pies en tierra. Pero esa costa que se divisa en el horizonte no es, ni más, ni menos, que la isla de Chipre, y embocando el navío hacia su puerto más cercano, llegaron a la ciudad de Limasol, en donde gobernaba un babb franco llamado Abd El-Salíb. Amedrentado, el babb intenta acogerles amablemente invitándoles a un almuerzo en su palacio; pero... pretendidas cortesías, o no, de unos, y desencuentros de otros, el caso es que, al final, y por culpa de un plato de pescado frito, se acaba montando tal rifirrafe, que a poco dan al traste con la pintoresca embajada que forman nuestros peculiares protagonistas; en donde el papel principal lo juega Ibrahim, que acaba envuelto en una disputa por un plato de fritura en el puerto de Limasol, y en donde la extrema violencia de éste aterroriza a propios y extraños...”



Vogaron así un día, dos días, diez días –¡Gloria a Dios, pues solo Él conoce el tiempo que estuvieron navegando!– sin ver nada que no fuese cielo y agua, para gran desesperación de Ibrahim, al que, como ya sabemos, le horrorizaban los viajes por mar – ¡que Dios le tenga en su misericordia! – Al cabo de diez días, como ya no aguantaba más, se fue a ver a El-Batarni.

– ¡Escucha, corsario de los Musulmanes –le dijo–, me estoy aburriendo aquí como una rata muerta, viendo solo el mar alrededor, y con un mareo que ya no me tengo en pie! ¿No

podrías hacer escala en alguna parte, qué sé yo, en un puerto, cerca de un trocito de tierra cualquiera, aunque fuera en una isla desierta; por aquello de respirar un poco de aire fresco y estirar las piernas?

El corsario fue a comentárselo a Edamor, que aceptó plegarse a los deseos de Ibrahim. El-Batarni se subió a lo alto del palo mayor, oteó el horizonte con su vista de águila, y luego descendió junto a Ibrahim.

– Capitán –le dijo–, no estamos lejos del puerto de Limasol, en la isla de Chipre.

– Pues bien por Chipre, ¡vayamos allí! –exclamó Ibrahim.

Así que la nave puso rumbo a Limasol; horas más tarde, anclaron en el puerto. En ese momento, el día prácticamente se había acabado; los pasajeros bajaron a tierra y pasaron la noche bajo la tienda.

– Al final, has tenido una buena idea, Ibrahim –afirmó Edamor a la mañana siguiente– ¡Yo también empezaba a estar harto de tanta mar! Pues muy bien; hoy nos vamos a tomar un día de asueto y a pasarlo aquí para descansar.

Ahora bien, habéis de saber, nobles oyentes, que había en Chipre un rey franco llamado Abd El-Salíb; ese día estaba presidiendo tranquilamente su Consejo, cuando, sobre el mediodía, vio llegar a un mensajero casi sin aliento:

– Mi *babb* –anunció el mensajero–, ¡acaban de amarrar en el puerto un montón de navíos repletos de musulmanes, y con el hijo del Korani!

– ¡Madre de Dios! ¡Que Cristo nuestro Señor nos proteja! –exclamó el *babb*– Ese hijo del Korani es una verdadera calamidad: me pregunto qué querrá de nosotros.

El *babb*, montando rápidamente en su caballo, y acompañado por sus consejeros y una nutrida escolta, bajó hasta el puerto. Mientras tanto, Marín, Edamor e Ibrahim estaban sentados en su tienda, charlando apaciblemente, cuando vieron elevarse una tupida polvareda que avanzaba hacia ellos.

– ¡Voy a ver de qué se trata! –decidió de pronto Ibrahim, siempre vigilante. Saltó sobre su fiel Saljadina y avanzó osadamente hacia la columna de jinetes. Abd El-Salíb, en cuanto lo reconoció, se adelantó a su encuentro y echó pie a tierra, imitado por sus consejeros.

– Pero, bueno, hijo del Korani, ¿qué le he hecho yo al rey de los musulmanes para que invada mi reino? –gimoteó– Le estoy pagando mi tributo con regularidad, y jamás he creado problemas, ni prestado ayuda a los otros reyes francos que han luchado contra él; entonces, ¿qué?

– No temas, *babb*, solo estamos de paso –le tranquilizó Ibrahim– Vamos camino de Roma y nos hemos parado aquí, solo para tomar un poco el aire terrestre y desentumecernos las piernas: mañana, a primera hora, levamos anclas.

– ¡Tu llegada es una gran bendición para nosotros, hijo del Korani! –prosiguió Abd El-Salíb, cambiando de tono súbitamente– Pero, ¿por qué quedaros en el puerto, como simples comerciantes?: venid a alojaros en mi palacio y a disfrutar de mi hospitalidad.

– ¡Nada de eso! –replicó lacónico Ibrahim– Nuestro señor, el sultán, no nos ha dado permiso para pararnos en ningún sitio antes de llegar a Roma.

– ¿Quizá temáis una actitud hostil por mi parte, a causa de la presencia de Su Beatitud Yauán? –sugirió el rey– Te juro por nuestro Señor Jesucristo que no guardamos tales intenciones. Vamos, venid a gozar de mi hospitalidad.

– ¡Pero qué andas farfullando, pedazo de imbécil! –se indignó Ibrahim– Y, en serio, ¿quién te has creído que eres para pensar que te tenemos miedo! ¿Es que nos has visto cara de pedirte limosna, jodido infiel? Pero bueno, ¡si tan deseoso estás de que probemos tu hospitalidad, y tu rancho, no tienes más que venir aquí y traérmolo!

– *Ala teshta* –se apresuró a acatar Abd el-Salíb.

Regresando a todo correr a su palacio, ordenó preparar un suntuoso banquete; los cocineros, cargando las bandejas en la cabeza, las iban transportando hasta la tienda del campamento de los musulmanes, ante la que se habían montado dos mesas: una, para Marín y sus hombres, y la otra, para Edamor, Ibrahim y Saad. En el momento en que Ibrahim iba a tomar asiento, se fijó en que algo más lejos, en el puerto, se había formado un tumulto.

– Oye, Saad –le espetó a su primo– vete a ver qué pasa ahí abajo, qué es lo que hace toda esa gente.

– ¡Ni hablar, Panza Búfalo, que tú eres el rey de los tragazanes! –se indignó Saad.

– ¿Se puede saber por qué me dices eso? –se extrañó Ibrahim.

– ¿Que por qué te lo digo? Tú siempre esperas al momento justo en que vamos a empezar a comer para mandarme a hacer algún recado, y así, tú puedes darte un atracón, sin dejarme ni siquiera un bocado!

– ¡Que nooo, hombre, que nooo, Saad! Ni se me había pasado algo así por la cabeza; simplemente quería saber por qué se había arremolinado allí tanta gente.

– Vale, de acuerdo, voy para allá; ¡pero ahora mismo me vas a jurar que no vas a probar ni un bocado hasta que yo vuelva!

Ibrahim prestó el juramento adecuado, y Saad, rápido como el viento, enfiló hacia donde estaba la muchedumbre; pero al momento estaba de vuelta.

– No es más que un vendedor de pescado frito –le informó Saad–. Ha colocado el puesto al borde del agua y la gente hace cola para comprarle la mercancía. Y todo hay que decirlo ¡tenía muy buena pinta!

– ¡Mira por dónde, justo ahora me han entrado como unas ganas locas de comer pescado frito! –replicó Ibrahim– Toma, coge este plato y vete a buscarme un poco; lo pondremos en la mesa con el resto de la comida. ¡Y no te entretengas por el camino!

– ¿Y cómo voy a pagarlo? –objetó Saad.

– No tienes más que decirle que tu hermano Ibrahim pasará más tarde a abonarle la cuenta.

Obediente, Saad cogió el plato y se dirigió hacia el vendedor, que se destacaba tras una gran escurridera de hierro en donde depositaba los peces ya fritos. A la llamada de Saad, se volvió y le miró de arriba a abajo con un aire desdeñoso.

– ¡Lléname este plato! ¡Es para mi hermano Panza Búfalo!

– ¡Un poco de paciencia, *ghandar!* –le espetó el vendedor sécamente– Primero tengo que preparar la comanda de Abd El-Ahad, el hijo del *babb* Abd El-Salīb, que está ocupado bebiendo *bibar* y festejando con sus amigos en el jardín; ahí abajo. Después, tengo que servir a los que han venido antes que tú. ¡Tú acabas de llegar, así que te toca esperar a que te llegue el turno!

– ¡Sírvenme rápido! –insistió Saad– Tengo prisa, debo regresar ya.

– Pero bueno, *marfûs*, ¿tú quién te has creído que eres? ¡Venga, esfúmate ya! ¡Aquí nadie te ha pedido que vengas!

El narrador continuó de este modo...

En realidad, ese grosero tipejo era un criado al servicio de Abd El-Ahad, el hijo del rey de Chipre. Éste pasaba el tiempo emborrachándose y haciendo fiestas en los jardines cercanos al puerto, en compañía de algunos hijos de ricachones de su misma calaña. Así que, todos los días, el criado en cuestión salía de pesca, y luego freía todos los peces; primero, servía a su señor, y luego vendía al público el resto. De modo que ese criado se daba aires de alguien muy importante, y trataba con desprecio a la gente corriente; Saad había sufrido esa experiencia, y viendo que aquello no iba a acabar nunca, prefirió volverse con las manos vacías.

– A ver, Saad, ¿dónde está el pescado? –se extrañó Ibrahim.

– ¡Eh, que se lo lleve el diablo, a tu pescado y al pescadero con él! –estalló el joven Saad– ¡Y ahora, puedes burlarte todo lo que quieras, anda! –y le contó su peripecia.

– ¡Ay, mi pobre Saad! –suspiró Ibrahim levantando los ojos al cielo– ¡Pero qué penita me das, criatura! ¡Cuando pienso que eres el escudero del rey, que llevas sobre los hombros el caftán de honor que te ha dado, y eres tan inútil que ni siquiera has sido capaz de comprar dos céntimos de pescado!

– Eh, ¿y qué podía hacer yo? ¡Si quieres pescado vete tú a por él!

– Está bien, ¡te voy a enseñar cómo hay que hacer las cosas! –afirmó Ibrahim levantándose.

Ibrahim se dirigió a grandes zancadas al lugar en donde estaba el pescador, y le colocó el plato bajo sus narices.

– ¡Eh, tú, venga! ¡Vamos, vamos, relléname este plato de pescado y rapidito!

– Espera un poco, todavía no he terminado – le replicó el vendedor.

– Y esos ¿qué son? – insistió Ibrahim señalando la escurridera con los pescados fritos.

– Esos son para el hijo del *babb* Abd El-Salíb: yo estoy a su servicio.

– Pues muy bien, no tienes más que dármelos.

– Te digo que no puedo: ¿no ves a los patricios que están ahí esperando para servírselos al hijo del *babb*?

Harto de discutir, Ibrahim se apoderó tranquilamente de la escurridera con los pescados, vació todo el contenido en su plato, se lo pasó a Saad, y colocó de nuevo la escurridera en su sitio.

– Vale, ahora, ya puedes servir a quien te de la gana –le remachó Ibrahim al vendedor antes de darse la vuelta para marcharse.

– ¡Quieto ahí, *marfûs*! –le gritó el vendedor, rojo de rabia– ¡A ver si te crees que me van a asustar tus bigotazos! ¡Te he dicho que ese pescado es para el hijo del *babb*! ¡Aguenta un poco a que te haga la *mantara*!

Precipitándose para atrapar a Ibrahim, lo agarró por el faldón de su caftán. Ahora bien, el capitán ese día llevaba un soberbio caftán rosa pálido, que le había regalado el sultán, y como el vendedor de pescado, naturalmente tenía las manos llenas de grasa, ¡imaginaos el desastre!

– ¡Pedazo de imbécil! –bramó Ibrahim– ¡Muy bien; se diría que estas hartos de vivir!

Entonces, le agarró del cinto, lo levantó en vilo con una sola mano, y le metió con la cabeza por delante en su caldero de aceite hirviendo, manteniéndole así hasta que su perversa alma escapó por su sucio culo. Mientras tanto, los patricios observaban esta escena desde lejos, paralizados por el horror.

– ¡Tomad! –les espetó Ibrahim soltando el cadáver– ¡No tenéis más que servir a vuestro amo a este cabrón como si fuera una fritura!

– ¡Sálvese quien pueda, *ghandars*! ¡Es el hijo del Korani! –gritaron los soldados poniendo pies en polvorosa.

Luego, Ibrahim regresó al pabellón y depositó fieramente el plato de fritura sobre la mesa.

– Ya lo ves, Saad –le aleccionó triunfante– ¡Así es como hay que hacer para comprar pescado!

– No me digas, tú eres demasiado brutal, Panza Búfalo –protestó Saad.

En cuanto a Edamor, se guardó muy mucho de hacer comentario alguno, o preguntar nada.



Próximo relato de “Jaque al rey de Roma”:
IX.30 ~ “Por diez mil dinares más”